# ¿Qué me traéis?

Alberto Oliet Palá

# ¿Qué me traéis?

**- Finalista del premio Planeta-Azorín de Alicante -**

Alberto Oliet Palá

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2023
© Alberto Oliet Palá, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-44-2
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-32953-2023

*Dedicado a mi madre, a mi mujer y a mis hijos,*
*que son también protagonistas de esta historia.*

*«El pasado no se describe escribiendo sobre lo antiguo,*
*sino sobre la nebulosa que existe entre uno mismo y el pasado».*

Mircea Cărtărescu

Esta novela aunque se base en hechos reales,
también se entrelaza con elementos de ficción.

## CAPÍTULO 1

# ¡Retirada, huyan!

22 de julio de 1922.

Las dos columnas abandonan pesadamente el gran campamento de Annual. Unos cinco mil hombres se encaminan hacia el fuerte Dar-Drius, en formación de retirada, tras el frustrado avance hacia Alhucemas. En una columna, la tropa, los heridos y el material pesado. En la otra, los mulos con provisiones y vehículos con el resto de la impedimenta. El polvo rojo inunda el territorio escarpado, a ratos angosto, por el que avanzan lentamente. A la izquierda, un barranco pedregoso estrecha cada vez más el paso. A la derecha, una ladera prominente se yergue sobre los que marchan. Al fondo se divisan las sinuosidades del paso de Izumar.

El calor del mes de julio en el Rif hace terrible la sequedad del paisaje. Solo unos pocos cardos resisten erguidos la calima y la tierra ardiente abrasa, de pies a cabeza, el caminar de los hombres. Estos, sedientos, se mueven como autómatas. Quietud que barrunta la tragedia. Gestos apagados, ojos tristes, miradas perdidas. Soldados de reemplazo, jóvenes campesinos sin experiencia, mal armados, con viejos uniformes y calzados con abarcas, parecen sumidos en una apatía profunda. También con el miedo en la espalda, los oficiales se mueven con brío nervioso y dan órdenes cortantes que no tranquilizan. Solo las tropas indígenas, hechas al terreno y a la guerra, permanecen

impasibles, aunque su gesto altivo y silente muestra ya la tensión de la batalla inmediata.

Poco a poco, por la espalda, empieza a tomar forma un clamor extraño, poco reconocible al principio. Gritos, galopes, al fondo un agudo sonido de corneta, ¿tambores? De pronto ya se distinguen disparos lejanos, de fusilearía dispar. Muy claro un morterazo, que hace retumbar el suelo en la distancia, confirma la aprehensión. Un clamor no pronunciado se extiende entre la tropa:

—¡Se acercan, se acercan! ¡Horror, ya están encima los moros!

Los soldados vuelven sus jóvenes rostros demudados, mirando de reojo a sus oficiales. Ahora todo se oye muy cerca, demasiado cerca. Órdenes en español, gritos en bereber, y aullidos de guerra. El silbido de las balas suena distante, pero nítido. En las lomas lejanas ya se ven chilabas terrosas al galope que, sin pausa, vuelven a aparecer en nuevas elevaciones del terreno. Ya el miedo soterrado se ha instalado como mancha de terror.

Comienza la desbandada. Los hombres se precipitan hacia adelante, arrastrando las mulas y el material pesado hacia el paso, es el único camino posible, entre la ladera y el barranco. Las columnas se colapsan: hombres y bestias se estorban en el comienzo de la trepidante huida. El atasco que se produce en lo que comienza a ser un desfiladero es mayúsculo. Las unidades pugnan por abrirse paso. Los hombres a pie, los jinetes que pican espuelas, los camiones, otros vehículos y las artolas de los heridos se estorban en la confusión. En el barranco se despeñan algunos mulos al ser empujados por otros que intentan adelantarlos.

Los moros de las cabilas, cada vez más cerca, disparan al bulto sobre el confuso y despavorido remolino de hombres. Los primeros heridos. Los aullidos de dolor, los gritos de auxilio, las blasfemias, las imprecaciones de los oficiales tratando de detener el pánico se mezclan con el estampido de los máuseres de los que tienen templanza y valentía para revolverse. Pero la horda impredecible ataca con arrojo, sin detenerse. Muchos abandonan las acémilas desbocadas, que se desparraman por el terreno o caen en el terraplén lateral, dejando un reguero de municiones, cañones e intendencia abandonados.

Los camiones y otros vehículos de la vanguardia de la columna se cruzan en el camino, cortando fatalmente el embudo que va formando

el avance de las tropas hacia el paso de Izumar. Y allí, apelotonados hombres y bestias, se convierten en blanco fácil de los tiradores bereberes, que arman sus carabinas y fusiles cada vez con mayor precisión. Se abandonan los primeros muertos. Los heridos se arrastran a duras penas ayudados por compañeros sin ánimo, aterrorizados. En medio de la confusión, y entre alaridos, los oficiales mandan agruparse a su tropa para rehacer las unidades. Sus voces casi no alcanzan a imponerse entre el griterío, los lamentos y el ruido de las armas. En la vorágine, el capitán Villalba se mueve a grandes zancadas. Más que español, parece una oficial colonial alemán, con su aspecto rubicundo y el rostro enrojecido. Delgado y fuerte, se mantiene erguido en medio de la refriega. Altivo, se diría, a pesar del caos que le rodea. Sin perder de vista el fuego enemigo y disparando su pistola a los moros que ya se precipitan sobre ellos, trata de ver la posición de los hombres de su compañía. En el flanco derecho divisa el fuerte corpachón del teniente Bermúdez, que sostiene como un coloso la brida de un mulo aterrorizado. Se ha hecho con él en la confusión consciente de su importancia: transporta una ametralladora. Le rodean alguno de los hombres de su pelotón, que parecen inmovilizados por la tensión del momento.

El capitán, corriendo con la pistola en alto, se acerca y grita exaltado y con rabia:

—¡Manténganse juntos, si no quieren que les achicharren uno a uno!

Bermúdez apenas logra entenderlo y vocea los nombres de sargentos de la compañía:

—¡Cayo! ¡Leolegario! ¡Castro! —brama, aunque su voz se pierde en el estrépito.

Por un momento, el grupo está aislado en medio de la confusión. Pero, de pronto, el sargento Castro los divisa. Está al lado de una peña, que se resalta en la ladera ascendente de la derecha. Adivina la orden de su capitán y mueve desesperado los brazos para llamar su atención:

—Aquí, aquí. Esta piedra nos puede cubrir —se desgañita encaramado en el peñasco mientras sus hombres parecen tratar de cubrirlo, disparando al horizonte. Villalba y Bermúdez lo ven y se lanzan decididos hacia la posición en la que se ha hecho Castro, arrastrando a sus hombres. Bermúdez tira como puede del animal, que se resiste

a moverse en medio de la baraúnda. El movimiento es percibido por algunos hombres de la compañía de Villalba, que se incorporan al ver orden en medio del caos. Una figura destaca a pesar del cuerpo menudo. Es Morales, que lleva los galones de teniente. Algo adelantado en la formación, regresa por la pista de tierra sorteando, ágil y sereno, los obstáculos que se encuentra a su paso.

—¡Que nadie pierda el culo del que va delante! —grita desfallecido.

Unos pocos hombres le siguen, agachados, intentando sortear el peligro impreciso de las balas que silban a su alrededor. En poco consiguen unirse también al pelotón de Castro. Detrás del roquedal se agrupan con los demás. Temblorosos, agotados, solo maquinalmente aciertan a volver sus armas contra la turbamulta que se les acerca.

—¡Esta protección no sirve! ¡Ya están encima! No hay tiempo para montar la ametralladora —grita Villalba—. Y con los fusiles no hacemos nada.

—Hay que seguir retrocediendo, capitán —vocifera Morales señalando al monte que se yergue a la derecha del grupo. ¡Este barranco es un matadero!

—¡Vamos a seguir subiendo por esta ladera! —ordena Villalba—. ¡Vamos a largarnos! Si nos desviamos podremos ganar tiempo y montar una posición defensiva arriba —dice dirigiéndose a Morales, que se ha colocado a su lado para recibir órdenes. ¡Y el mulo el primero!

Bermúdez, que sigue con la brida de la mula, inicia sin más el camino, ladera arriba, azuzando a la bestia que caracolea encabritada. Y los restos de la compañía le siguen entre tropiezos. El miedo aprieta y nadie quiere quedarse atrás. El capitán cierra la marcha pistola en mano:

—¡No, deteneos! ¡Por Dios y por la Virgen! —espeta a sus hombres. Usted, Morales, póngase a la cabeza. No se vuelvan y no disparen hasta que encontremos una posición desde donde nos podamos defender. Hay que aprovechar la confusión. Esos moros por ahora van a estar entretenidos matando a los que se quedan abajo.

La ladera, muy empinada al principio, se suaviza a trescientos metros y eso da respiro a los pulmones agotados de los soldados. El desnivel quita a los huidos de la visión de los que se baten abajo y los protege, aunque en precario. El grupo se detiene un instante, cuando ya percibe algo de lejanía del fragor de la batalla. Villalba, entonces,

otea el horizonte. A un kilómetro por encima, se intuye la presencia de un blocao abandonado de las tropas españolas. Se distingue un armazón de madera y algunas piedras llevadas allí por los soldados. Está casi deshecho, pero allí, en lo alto, parece posible la defensa.

—Tenemos que llegar a ese blocao, sea como sea —grita el capitán a sus hombres. Si me hieren, sigan. ¡A mí o a cualquiera! ¡No se detengan! Parar la marcha es la muerte. ¡Adelante! ¡Adelante! Y vigilen el flanco derecho, que por allí pueden venir. Hay algunos que ya van por arriba. ¡Bermúdez, que te ayuden con la mula! Si la perdemos, nos matan a todos.

—¡A la orden, mi capitán! —brama Bermúdez—. Esta bestia llega, aunque sea muerta.

Las piedras, el matorral y los cardos secos no hacen fácil la marcha, que retarda la terca mula, apremiada por los golpes de culata y el arrastre de la brida. El ascenso se hace cada vez más difícil. El sudor se mezcla con el polvo, ensucia las caras desencajadas y enturbia los ojos de los hombres, cada vez más aturdidos.

—¡Me cago en la mar! —dice el sargento Castro—. Más cojones, que al que se quede lo achicharraran esos cabrones. Ya habéis oído. No nos vamos a parar por nadie.

Se oye un lamento desesperado, una voz infantil que inicia el lloro:

—¡Ay, ay! Me han matado.

—Es el cabo Pinilla —grita Morales—, en la cabeza de la marcha. Le ha alcanzado la fusilería. Orden para bajar a por él.

—Ni se le ocurra. La única orden es seguir subiendo —grita Villalba, que se esfuerza en que Morales lo oiga bien—. Ahora disparan al tuntún, pero en treinta segundos ya van a apuntarnos bien. Mire los que vienen a caballo, teniente. Disparan montados. Déjelo o los matarán a los dos o a todos.

La ascensión continúa entre el ruido de las balas y de algún mortero que ya han emplazado cerca. El blocao, poco a poco, muestra mejor sus contornos. Solo entre chumberas, parece esperar a una guarnición de patrulla. Incluso hay sacos terreros que refuerzan su perímetro. Afortunadamente todo en él es silencio. Cuesta subir el último repecho. Los hombres tienen que agarrarse a la tierra con las

manos y apoyarse en los fusiles para subir. Bermúdez da un rodeo con la mula para situarla en el pequeño cerro en el que está el blocao.

Parece que ha sido abandonado hace un momento. Una cocina portátil todavía muestra restos de lumbre. Cacerolas, platos y una gran cuchara de palo aparecen dispuestas por el suelo.

—Estos no se comieron el rancho —dice Villalba, que se dirige a sus hombres sin mirarlos—. Hay que instalar la ametralladora aquí mismo. —Señala el lugar—. Y colocar delante todos los cascotes y sacos que puedan. Usted, Peña, móntela con sus hombres. Los demás tomen posición de tierra y cúbranlos.

El silencio se ha hecho en el blocao. Los fusileros, que clavan nerviosos la vista en los contornos, callan para escuchar. Parece que se han olvidado de ellos o no los ven. Los hombres se afanan con la ametralladora, descargándola de la mula. Montan el trípode con dificultad y acaban instalando el cuerpo del arma.

—Poca munición tenemos —dice Bermúdez cogiendo la cinta.

—Por poca que sea, la ametralladora les asusta y algún tiempo aguantaremos —dice Morales.

—Silencio —ordena Villalba—. Y que sea lo que Dios quiera.

Una espera silenciosa pero vibrante se instala al momento. Todos los oídos concentrados en la batalla, que transcurre abajo, aunque suena algo amortiguada por la distancia. Algún cañonazo, algún mortero, a ratos irrumpe, descargando la adrenalina y atemorizando aun más a los hombres, que ahora, quietos, pueden pensar. El tiempo transcurre despacio. Pero la espera, en realidad, no se alarga demasiado. Desgraciadamente se empiezan a oír las voces de quienes parecen aproximarse a tiro hecho. Y no son españoles. Acechan como solo los moros lo hacen, avanzando a intervalos, conforme detectan la debilidad. Alguien les da órdenes, organiza el avance. Los han visto, saben dónde están.

El pánico se apodera de soldados de reemplazo, que es la primera vez que empuñan un arma. Se levantan inquietos y solo el vozarrón de sus mandos los obliga a seguir en el suelo, protegidos de los disparos enemigos. Lloros, lamentos de niño. Los más enérgicos sofocan el terror con imprecaciones contra los moros, contra su suerte, algunos rezan aturrullados. Aterrados, escrutan las sombras sigilosas que ascienden la escarpadura.

En un momento, Villalba se vuelve a sus tenientes y con voz alta y contundente dice:

—Escuchen lo que voy a decir. Van a retirarse hacia Melilla. Morales, usted se hace con el mando. Retroceda y salve a los hombres. Yo me quedo con la ametralladora. Quizás los detenga un buen rato y puedan tomar tiempo para escapar. El camino es largo, pero Bermúdez conoce bien el terreno.

—¡Soy un oficial como usted! —exclama Morales—. ¡O todos o ninguno! Yo me quedo, mi capitán.

—De eso nada, teniente, yo soy el que manda aquí. Cuantos menos soldados asesinen estos cerdos, mejor. Les voy a dar toda la badana que pueda, por mi honor. Rápido, rápido, retírense. ¡Huyan! Esos reclutas no son más que niños. Los van a matar como a moscas.

Todos los hombres se levantan rápido, como en un resorte, y nerviosamente aliviados.

—A sus órdenes, mi capitán —balbucean nerviosos mientras que se levantan y van dejando la posición. El teniente Morales sigue a sus hombres, que comienzan a abandonar la posición en la dirección que señala Bermúdez. Se vuelve y se cuadra agitado diciendo:

—¡Salud y gloria, mi capitán!

El mulo y el capitán quedan solos en el parapeto del blocao. Villalba, con las manos crispadas sobre la palanca y el gatillo de la ametralladora Browning, el rostro iluminado por un terror profundo, pero contenido por un gesto altivo, desafiante. Apunta hacia abajo, a la explanada, en la que empiezan a verse con claridad a los perseguidores hasta ese momento ocultos por un desnivel muy pronunciado. Los segundos transcurren lentamente. El ruido de la batalla, a lo lejos, parece amortiguado.

De repente, por el flanco derecho, se oye un ruido potente y acompasado. Son jinetes que avanzan al galope. Ya están encima.

## CAPÍTULO 2

# La bomba inesperada

El otoño se ha plantado en Madrid hoy. Con esa luz amarilla que nos lleva lánguidamente al invierno. El viento frío que hace revolotear de hojas, que piso en un gesto descuidado y placentero. Todo es laxitud en la calle del barrio burgués en el que viven mis padres. De su casa hemos salido con Elena, mi mujer. Aquí cerquita está el restaurante italiano en el que hemos quedado con los padres de ella. Es un paseo corto y mi mujer los entretiene con alguna broma, de las que a ella le gustan.

Solo mi pensamiento parece querer salir de esta plácida escena. Siempre con mi funesta costumbre de darle vuelta a todo, me pregunto cómo saldrá la cosa. Nunca se han visto y poner frente a frente a dos familias siempre inquieta. Sobre todo, cuando uno se encomienda a sí mismo la misión de mediar, de construir puentes si hace falta. Cada familia es como es y las diferencias siempre acababan apareciendo. Es verdad que las vidas de las respectivas familias son parecidas. Mi padre, juez; mi futuro suegro, militar, con vidas similares. Difíciles, por supuesto, pero también felices. Casados en plena posguerra, con muchos hijos que alimentar, que se comían enseguida un sueldo no demasiado alto. Es decir, situados en esa misma clase media del franquismo, que se podía permitir todavía pocas alegrías. Y en la que se

compartían las mismas preocupaciones: asegurar una posición acomodada a sus hijos.

Es decir, miel sobre hojuelas. Pero una extraña inquietud no me permite cerrar la bolsa de la preocupación. Está el carácter personal de cada uno y sus ideas, sobre todo las políticas. Mi padre es esencialmente liberal, pero tuvo que vivir su vida profesional en el franquismo, como tantos otros. Mi suegro es mucho más de derechas en política, pero en lo personal es muy tolerante. Había tenido ocasión de apreciarlo personalmente. Claro, que mi padre es muy franco, directo y cabezón, como buen aragonés. No se calla lo que piensa. Es más, siempre lo hace como si le fuera la vida en ello. Y tampoco mi futuro suegro me parece hombre de conveniencias. Igual salta alguna chispa, pero para eso estoy yo aquí. Pero eso es lo que me preocupa, el apagafuegos voy a tener que ser yo.

Como siempre, me preocupo demasiado, me pongo la venda antes de la herida. No va a pasar nada, seguro que, al contrario, se gustarán. Las mujeres se adaptan siempre mejor. Hablan más y todo se vuelva más amable. Pero ahora que lo pienso, mi madre siempre se pone muy nerviosa en estas ocasiones. La llevo a mi derecha y está más callada y más inquieta que mi padre, que se deja llevar por la conversación de Elena. Siempre tan tímida, con esa infancia tan sufrida. Huérfana con doce años y con los medios de vida destruidos en la guerra. Todavía le cuesta expresar emociones, que en realidad vive con más intensidad que nadie. Pero desde su cueva, sin que a veces ni sus hijos nos demos cuenta. Le cojo el brazo con cuidado.

Allí veo aparecer a mis futuros suegros, esperando en la puerta del restaurante. Un matrimonio, como se dice con esa rotundidad tan conservadora. Si no gemelo, muy parecido al de mis padres. Basta ver como visten. Ellas con un estilo contenido y tradicional: faldas lisas, jerséis de punto. Hasta coinciden en llevar perlas. Mi madre en un collar, mi suegra en los pendientes. Ellos como si se hubieran dejado vestir por sus mujeres y no prestaran la menor atención a su atuendo. Traje y corbata, por supuesto.

Nos saludamos y los presentamos mutuamente en el *hall* del restaurante. Ya con el murmullo de fondo de las conversaciones de los comensales y con el olor a horno y a orégano, que suavemente impregna el ambiente. Parecen todos muy contentos, muy naturales,

como si se hubieran conocido de toda la vida. Nos sientan en una mesa apartada del centro de la sala. En la que se oye un poco a los demás. Menos mal, al menos nos entenderemos.

El camarero que nos atiende va tomando notas de los platos deseados, aunque todos me piden consejo. Casi elijo por todos. Se excusan las mujeres: no tienen mucho apetito y no quieren pasarse con la pasta y las pizzas. Elena se ríe de ellas porque las conoce y sabe que tienen buen diente.

Cuando llegan los primeros platos empiezan a comer y callan. Demasiado, se crea ese silencio que tanto incomoda. Como reacción comienzan a surgir conversaciones como a trompicones. Sobre los hijos, que ambos matrimonios han tenido bastantes, pero ninguno es del Opus, cosa que se encargan de dejar sentado; de los destinos, de las ciudades que han conocido, de cuál de ellas es cada hijo. Aproximación buena a las intimidades respectivas. En la conversación se cruzan experiencias. Mi padre fue magistrado en Ceuta y Melilla y él estuvo destinado en Tetuán y en otros sitios, en la misma época. Claro, salió el tema de Tánger. Con ese magnetismo que tenía para los que la conocieron en esa época. Sobre todo, viniendo de la pobretona España. En la que había pocos sitios con tanto ambiente nocturno. Además, tan exótico, con judíos o hebreos, como decían, árabes, bereberes del norte y con todas las nacionalidades europeas. Con ese ambiente de intriga novelesca, en la que todos parecían espiar o cotillear a todos y los personajes más raros eran normales.

Sale el tema de la guerra civil. Unos y otros la vivieron o, mejor, la sufrieron con intensidad. Es normal que se convierta en el tema estrella. Pero también tiene algo de extraño. En mi casa ni se mentaba y, por lo que me había contado Elena, en la suya pasaba lo mismo. Yo sabía que mi abuelo había sido fusilado, pero poco más. Cuando la estudié en el instituto, comencé a preguntar y a enterarme de alguna cosa. Está en casi todos muy tapado por algún motivo que no se me alcanza del todo. Pero, claro, ya con dos platos y casi en el postre, y tratándose de algo tan crucial en la generación de mis padres y mis suegros, tenía que salir. No pueden dejar de hablar de ella. Todos tienen mucho que contarse y la conversación se hace fluida, casi se